

ROBIN HOOD

Anónimo

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicasen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística, fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 2012 Paradimage Soluciones

ÍNDICE

ROBIN HOOD	1
Índice	3
Prólogo	4
Normandos y Sajones	5
Dos nobles familias sajonas	8
Un nuevo rey: Ricardo Corazón de León	11
Un viaje frustrado	14
La primera acción de Robin	17
En el bosque de Sherwood	20
La organización en Sherwood	23
Divertidas aventuras de Robin Hood	26
Llegan noticias sobre el rey	29
Mariana	32
Una doble liberación	35
El rapto de Mariana	38
Días de alegría en el bosque de Sherwood	41
La última flecha de Robin	44

PRÓLOGO

El legendario defensor de los pobres y oprimidos, Robin Hood, o, lo que es lo mismo, un barón inglés medieval llamado Robin Longstride o Robin de Loxley, a quien se le atribuye un gran corazón, una espectacular habilidad como arquero y un estilo de vida al margen de la ley, escondido en el Bosque de Sherwood y de Barnsdale, cerca de la ciudad de Nottingham, aparece mencionado de forma manuscrita por vez primera a finales del siglo XIV, en una novela totalmente ajena al personaje, en la que sólo se incluye una fugaz referencia a “las rimas de Robin Hood”.

Hay que esperar hasta finales del XVI para que este héroe legendario adquiera títulos de nobleza, tome el nombre de “Robin de Locksley” o “Robert Fitz Ooth, conde de Huntington” y comience a ser un personaje ubicado cronológicamente alrededor de 1190, cuando el rey Ricardo Corazón de León parte hacia Jerusalén en la Tercera Cruzada.

Y aún tienen que pasar tres siglos más para que Robin Hood se convierta en un rebelde sajón que combate a los señores normandos, tras aparecer en la novela de Walter Scott, *Ivanhoe*, como habilidoso arquero aliado al héroe del relato.

Sin duda, son incontables las adaptaciones de esta mítica leyenda, desde la Edad Media hasta nuestros días, en forma de canciones y baladas, piezas de teatro y comedias musicales, películas y series de televisión.

Y es que, sólo a nivel filmográfico, son más de 40 las adaptaciones a las que puede hacerse referencia: desde un inicial cortometraje de cine mudo de 1908, titulado *Robin Hood and his Merry Men*, hasta la famosa cinta de Ridley Scott, de hace tan sólo dos años, protagonizada por Russell Crowe, pasando por la película de animación que produjo The Walt Disney Company y dirigió Wolfgang Reitherman en 1973, que recibió el prestigioso premio *Golden Screen* en 1976.

Ahora, Paradimage lo convierte en la tercera entrega de la colección 'Novelas de Cine', acercándonos de nuevo a este apasionado arquero de Nottingham.

Consulta el catálogo completo de obras publicadas por Paradimage en
www.paradimage.com

NORMANDOS Y SAJONES

Hace cientos de años, los vikingos realizaron continuas campañas de conquista por toda Europa. Estos audaces guerreros —daneses, noruegos o suecos—, tuvieron atemorizado a medio mundo durante tres siglos.

Sus aventuras parecían no tener límites geográficos: Alemania, Francia, España, Portugal o Rusia fueron visitados por los feroces vikingos. Su ansia de expansión, apoyada en una gran preparación militar, les llevó a emprender arriesgadas expediciones por mares y ríos.

Las poderosas embarcaciones con las que contaban, únicas en la época, y su extraordinaria pericia como navegantes les permitían arribar a cualquier costa y penetrar por cualquier río. Su superioridad naval se hizo incontestable. Adquirieron una gran experiencia en los ataques por sorpresa, y sus terribles y sangrientos saqueos llegaron a ser tristemente célebres en toda Europa.

Uno de estos pueblos vikingos, asentado desde hacía años en Normandía, emprendió la invasión de la vecina Inglaterra. Este país, no muy lejano de las costas normandas, resultaba muy vulnerable por mar. La longitud de su litoral no permitía ni una vigilancia completa, ni una concentración rápida de las tropas para rechazar un desembarco.

Todo esto no pasó inadvertido a los ojos del duque normando Guillermo que, movido por su ambición y deseo de gloria, decidió preparar a conciencia el ataque a la isla.

—¡Venceremos a los sajones! —arengaba Guillermo a sus tropas—. Con la conquista de Inglaterra, nuestro poder se extenderá a otros reinos.

—¡Viva el duque Guillermo! —gritaban exaltados los caballeros normandos.

Guillermo de Normandía, animado por el apoyo de los suyos, continuó diciendo:

—Los sajones vencieron a nuestros antepasados muchas veces. Fueron más fuertes, más decididos, más inteligentes... Pero ahora no lo serán. Ha llegado por fin nuestro momento y... ¡ha llegado su hora!

Los aplausos y los vivas al duque Guillermo cesaron al acabar aquella multitudinaria reunión. Pero el fervor y la entrega de su ejército lo acompañarían de forma permanente durante toda la expedición.

Meses después, las naves capitaneadas por el duque Guillermo eran avistadas en las costas inglesas.

—Señor, se acercan barcos normandos —comunicó un vigía al monarca sajón.

Los sajones no estaban preparados para competir contra un peligro que procedía del mar.

— ¡Disponed todas las fuerzas posibles en tierra! — ordenó el rey inglés—. Debemos evitar el desembarco.

Una pequeña guarnición intentó impedir que los normandos tomaran tierra, pero no lo consiguió. Así, Guillermo de Normandía desembarcó en las costas inglesas, y con sus valerosos guerreros avanzó hacia el interior.

Los sajones, en clara inferioridad numérica, se habían visto obligados a improvisar la decisiva batalla en Hastings. Poco duró el combate. El soberano inglés cayó mortalmente herido y el ejército sajón se rindió incondicionalmente.

Las tropas del duque Guillermo siguieron avanzando hasta Londres, donde se libró una última batalla con la que desapareció la débil resistencia sajona. La expedición normanda había sido un rotundo éxito.

En recuerdo de su victoria, el ya nuevo rey de Inglaterra, Guillermo I el Conquistador, tras ser coronado, mandó construir la célebre torre de Londres. Esta torre serviría de cárcel para numerosos y destacados personajes a lo largo de muchos años de la historia inglesa.

Guillermo I, tras su victoria, dedicó sus esfuerzos a pacificar el país, y tomó algunas medidas para proteger a los sajones.

—Os aconsejo prudencia —recomendaba el rey a sus nobles—. Debemos ser respetuosos con los vencidos. Sólo así conseguiremos la prosperidad en todas nuestras tierras. Sólo así lograremos una pacífica convivencia.

Desgraciadamente, no todos los seguidores del rey Guillermo pensaban como él. Aprovechando una larga estancia del rey Guillermo en sus posesiones de Francia, los nobles normandos, llevados por su soberbia y ambición, no cesaron de causar humillaciones a los derrotados. Las cargas tributarias se hicieron cada vez más angustiosas, insostenibles para los pobres súbditos.

Los sajones se sublevaron en masa contra los opresores. Campesinos, artesanos y nobles unieron sus esfuerzos contra el enemigo común: los normandos.

— ¡Ya está bien! —decía indignado un caballero sajón—. No podemos seguir tolerando las injusticias de los normandos. Quieren hacer de nosotros sus esclavos.

— ¡Debemos combatirlos y ser capaces de librarnos de ellos para siempre!

— ¡Hay que quitarles el poder! ¡Tenemos que ser gobernados por un rey sajón!

El rey Guillermo, que había estado ausente de Inglaterra, encontró a su vuelta un país levantado en armas. Los sajones se mostraban más rebeldes de lo que en un principio se podía suponer. Los nobles normandos decían a su rey:

—Señor, llevado por vuestra bondad y magnanimidad, habéis tratado demasiado bien a los sajones. Mirad cómo os lo agradecen.

—Majestad, habéis respetado a vuestros súbditos, no les habéis expropiado sus tierras y, en cambio, ellos se sublevan contra vos. Son unos desagradecidos.

El rey Guillermo, ajeno a los desmanes de sus nobles y desconociendo las razones por las que sus súbditos sajones se rebelaban contra él, creyó las acusaciones de sus barones.

—Caballeros, creí que los ánimos se apaciguarían. Creí que, poco a poco, los sajones olvidarían la derrota de Hastings y acabarían aceptándonos. Ahora creo que no lo harán nunca —dijo el rey en tono de lamento.

Así, tomó la decisión de actuar de inmediato y con contundencia contra los sajones. Despojó a muchos nobles de sus posesiones bajo acusación de haber promovido o respaldado la rebelión, y aplastó cruelmente a los rebeldes.

Pese a todo, los sajones continuaron organizándose. Crearon un verdadero ejército clandestino que, en forma de guerrilla, hostigaba sin tregua a los normandos. Los focos de resistencia contra los colonizadores se hicieron constantes.

La anhelada paz en Inglaterra se veía cada vez más lejana, y los normandos, aun ricos y poderosos, no podían vivir tranquilos a causa de las frecuentes insurrecciones de los sajones.

Murió Guillermo I el Conquistador en guerra contra Francia y sus inmediatos sucesores, durante años y años, tampoco conseguirían apaciguar Inglaterra.

La desconfianza de los sajones hacia los normandos estaba ya tan arraigada que se había convertido en un obstáculo insalvable entre los dos pueblos. Los planes de pacificación de los distintos reyes fallaban estrepitosamente y las revueltas continuaban. Éstas eran contestadas con absoluta represión. Lo que daba lugar a nuevos enfrentamientos, cada vez más sangrientos. La espiral de violencia parecía no tener fin.

El rey Enrique de Plantagenet, nieto de Guillermo I, subió al trono y se propuso, como principal objetivo de su reinado, acabar con aquellas luchas sin sentido. Para este propósito pensó que debía atraerse, en primer lugar, a algunos influyentes nobles sajones. Para conseguirlo, no escatimó tiempo y esfuerzo el ilusionado rey.

DOS NOBLES FAMILIAS SAJONAS

En un majestuoso castillo cercano a la bulliciosa ciudad de Nottingham vivía Edward Fitzwalter, conde de Sherwood, y su esposa Alicia de Nhoridon.

Los dos eran sajones. El matrimonio mantenía escasas relaciones sociales y permanecía alejado de las intrigas de la época.

El conde de Sherwood no había participado en ninguna sublevación contra los normandos y éstos, aún de mala gana, se habían visto obligados a respetar al conde y sus posesiones. Aunque no fue atacado nunca frontalmente, Edward Fitzwalter tampoco era mirado con buenos ojos por la nobleza normanda, en la que existía cierto recelo.

Dentro de los planes apaciguadores que llevaba acariciando durante largo tiempo el rey Enrique de Plantagenet, entraba precisamente ganarse la confianza del noble sajón Edward Fitzwalter.

—Hablaré con Edward Fitzwalter —comunicó el rey Enrique a uno de sus más estrechos colaboradores—. Si consigo la adhesión del conde, tal vez otros nobles sajones lo secunden y poco a poco logremos el respaldo de todos. ¿Qué pensáis?

—Es una buena idea, señor —contestó el barón normando a su rey—. El conde de Sherwood goza de gran respeto entre la nobleza sajona. Respeto sin duda merecido, ya que es todo un caballero. La mayoría de los normandos comparten también esta opinión.

El rey Enrique de Plantagenet deseaba con sinceridad que finalizaran los enfrentamientos entre sajones y normandos, y centró sus esfuerzos en conseguirlo. Así, pocos días después de esta conversación, fue a reunirse con el conde de Sherwood. Le tendió su mano y de sus labios salieron algunas promesas impensables en años anteriores.

—Señor, os agradezco la confianza que habéis depositado en mí —contestó el conde.

—Entonces, conde de Sherwood, ¿puedo contar de verdad con vos? —preguntó el rey con impaciencia.

—Majestad, no dudo de que os guían buenos deseos y de que sois sensible al sufrimiento del pueblo sajón —comenzó a decir el conde—. Pero vuestras promesas no son suficientes para paliar los daños que vuestro pueblo ha causado al mío...

—Pero es necesario que todos hagamos el esfuerzo de salvar nuestras diferencias, conde de Sherwood. La batalla de Hastings pertenece ya al pasado.

—Es cierto, señor, pero es pronto aún para confiar en vos. Es posible que sean nuestros hijos los que vivan la reconciliación entre nuestros pueblos, los que puedan vivir en paz.

— ¿Tenéis hijos, conde? —preguntó el rey asintiendo.

—Espero uno, majestad.

—Conde de Sherwood, os prometo que haré cuanto pueda por acabar con los problemas del pueblo sajón, que intentaré borrar los errores de mis antepasados y que me esforzaré por apaciguar esta tierra.

—Por mi parte, majestad —contestó el conde—, os aseguro que no participaré en ningún levantamiento contra vos. Actuaré como he venido haciéndolo hasta ahora. Pero tampoco conseguiréis mi adhesión hasta que no exista una completa igualdad entre sajones y normandos.

El rey Enrique y el conde de Sherwood estrecharon sus manos y se despidieron amistosamente.

No mucho tiempo después, Edward Fitzwalter tuvo ocasión de comprobar que los buenos propósitos del rey Enrique quedaban olvidados ante una nueva revuelta sajona. La sublevación fue castigada con terrible dureza. Sajones y normandos seguían siendo enemigos irreconciliables.

En esta triste situación vino al mundo el heredero del conde de Sherwood. La alegría reinaba en todos los rincones del castillo del conde. Amigos y vecinos acudieron a conocer al pequeño recién nacido. Un precioso niño había venido al mundo para felicidad de Alicia de Nhoridon y Edward Fitzwalter, sus padres.

—Se llamará Robert —dijo el conde a todos los presentes sin disimular su alegría—. Será un valeroso sajón y confío en que le toque vivir tiempos mejores.

—¡Ojalá pueda ser más feliz que nosotros! —dijo levantando su copa uno de los allí reunidos. Y todos brindaron porque así fuera.

El conde de Sherwood era íntimo amigo del también noble sajón Richard At Lea, conde de Sulrey. Y éste y su esposa tuvieron, no mucho tiempo después, una preciosa niña, a la que pusieron por nombre Mariana.

Los dos nobles sajones se reunían con frecuencia y mantenían interminables conversaciones sobre la compleja situación del reino.

—Las sublevaciones no cesan, querido amigo —dijo Richard At Lea—. Pero el poder normando permanece inalterable a lo largo de los años.

—Sí, Richard, nuestro pueblo está extenuado por las luchas y por las humillaciones de los barones normandos. Los reyes intentan apaciguar esta tierra, pero fracasan. No son capaces de contrarrestar el poder de sus nobles.

—Y mientras tanto, ¿por qué luchamos ya los sajones, después de tanto tiempo? Todo parece ser una locura colectiva que no tiene fin. . .

—Ojalá Inglaterra tenga pronto un rey poderoso y justo que haga posible la igualdad entre sajones y normandos —contestó con tristeza Edward Fitzwalter.

Pero los dos nobles sajones también aprovechaban su compañía para soñar, al calor de la chimenea de uno a otro castillo. El sueño que compartían era que Robert y Mariana, llegado el momento, se unieran en matrimonio.

—Nuestra amistad, conde de Sulrey, quedaría coronada por la unión de nuestros hijos.

—Nada me agradaría más, Edward, que emparentar con vos. Y estoy seguro además de que mi hija sería muy feliz con Robert.

Pasaron unos años y murió el rey Enrique de Plantagenet. Pocos meses antes, el conde de Sherwood había perdido a su querida esposa Alicia. La única satisfacción de Edward Fitzwalter era tener cerca a su hijo Robin, como le llamaban todos cariñosamente, convertido ya en un apuesto joven.

— ¿Qué pasará ahora, padre, que el rey ha muerto? —preguntó Robin ante la reciente noticia.

—Subirá al trono su hijo Ricardo, Robin.

— ¿Será un buen rey? ¿Lo conoces? —preguntaba con avidez Robin.

—Lo conozco poco, hijo. Pero deseo que consiga hacer de Inglaterra un gran reino en el que se viva en paz.

UN NUEVO REY: RICARDO CORAZÓN DE LEÓN

Como estaba previsto, tras la muerte del rey Enrique de Plantagenet subió al trono su hijo mayor, Ricardo I, conocido con el sobrenombre de Corazón de León por su nobleza y valentía.

El nuevo rey era muy sensible a la miseria en la que vivían los súbditos sajones. Conocía también los intentos que sus antepasados y, en especial, su padre, habían hecho por cambiar esa situación, sin conseguirlo. Pero él estaba decidido a dar un giro definitivo al curso de los hechos. Deseaba ser el rey de un país en el que, de una vez por todas, no existieran ni vencedores ni vencidos.

—Debemos construir una nueva Inglaterra. Pacífica, respetada en el exterior, poderosa... —decía ilusionado el nuevo rey—. Para ello se necesita la colaboración de todos por igual: sajones y normandos, nobles y plebeyos. Todos tendrán un lugar en el nuevo reino.

El rey Ricardo empezó a captar muy pronto la confianza de sus súbditos, ya fueran sajones o normandos. Entre sus más entusiastas seguidores estaban su esposa Berengaria; lady Edith Plantagenet, su prima, y la reina madre, Leonor. Entre las primeras medidas que tomó Ricardo Corazón de León, en aras de una mayor igualdad entre sus súbditos, estaba la estricta prohibición de infligir castigos corporales a los siervos, tratados como verdaderos esclavos, y la libertad de caza en los bosques, hasta ahora privilegio de los normandos.

El rey Ricardo, con su bondad y su carácter conciliador, hizo cicatrizar las heridas abiertas entre los dos pueblos. Todos lo aceptaron para que fuera el rey de todos. Odios y rencillas parecieron quedar adormecidos en un profundo sueño.

Pero Ricardo Corazón de León pasaría poco tiempo en su país. Así, tuvo que acudir a la llamada del papa Clemente III para participar en la Tercera Cruzada, con el fin de liberar Jerusalén, en manos del musulmán Saladino.

El rey, antes de su partida, tuvo grandes dudas.

— ¿Cómo voy a ausentarme de Inglaterra durante tanto tiempo, y precisamente ahora, cuando más me necesitan mis súbditos? —se lamentaba.

Mas su deber como rey cristiano, su deseo de lucha contra los infieles y el sincero mensaje recibido del Papa ofreciéndole la dirección de la Cruzada, hicieron que Ricardo tomara finalmente la decisión de partir hacia Tierra Santa.

— ¡Conquistaré Jerusalén. Se la arrebataré a los infieles! —decía con absoluta seguridad el rey. Durante su ausencia ocuparía el trono su hermano Juan I, conocido como Juan sin Tierra.

—Partid tranquilo, hermano mío. Aquí me encontraréis a vuestra vuelta y aquí encontraréis vuestro amado reino —dijo Juan sin Tierra a Ricardo en el momento de su marcha.

—Gracias, hermano. Sé que puedo confiar en vos. Sé que gobernaréis como yo lo haría y que cuidaréis de nuestros súbditos. Me voy tranquilo porque sé que Inglaterra queda en buenas manos.

Y, seguido de su séquito, Ricardo Corazón de León abandonó, quién sabe por cuántos años, su querida Inglaterra.

Juan sin Tierra, en muy poco tiempo, acabó con los importantes logros de su hermano. Sembró de nuevo la desconfianza y resurgió la discordia. Su crueldad y avaricia volvieron a abrir el abismo entre sajones y normandos.

Estaba convencido de que los normandos eran una clase superior y de que sólo a ellos les correspondía el poder. La sed de venganza parecía el único móvil que empujaba a quien regentaba el destino de Inglaterra.

—No podemos seguir tolerando las continuas revueltas de los sajones —dijo Juan sin Tierra.

—Así se hará, majestad. No lo dudéis —asintieron sus colaboradores más allegados.

—Pero, señor, vivimos por primera vez una larga época de paz. Los sajones están ahora muy tranquilos —intervino un barón normando allí presente.

— ¡Qué ingenuo sois, caballero! — contestó con desprecio el príncipe—. ¿Acaso creéis que los sajones han dejado de tramar conspiraciones contra mi persona? ¿Pensáis tal vez que se resignan a estar bajo una dinastía normanda? ¡Estúpido!

El barón que había manifestado públicamente su disconformidad con las palabras del príncipe era sir Percy Oswald, quien abandonó la sala inmediatamente.

Sir Percy Oswald no estaba de acuerdo con las ideas del príncipe Juan. Pensaba que lo peor para Inglaterra era volver a los tiempos de crueldad y enfrentamientos que, afortunadamente, habían sido ya superados. Pero Juan sin Tierra no estaba dispuesto a aceptar ninguna opinión que no coincidiera con la suya y, por ese motivo, sir Percy Oswald quedó automáticamente fuera de su círculo de confianza.

Durante uno de los frecuentes encuentros entre Edward Fitzwalter y Richard At Lea, los dos nobles se confesaron su preocupación por los rumores que corrían acerca del príncipe Juan.

—No parece que vaya a seguir los pasos de su hermano —dijo Richard At Lea a su amigo.

—El rey Ricardo fue demasiado bondadoso al confiar en su hermano —repuso Edward Fitzwalter—. De todas formas, el príncipe Juan no se atreverá a ir contra las medidas adoptadas por el rey.

—Ojalá que así sea, Edward. Pero se me ocurre una cosa. El príncipe no ignora que no simpatizamos con él. Quiero proponerte que, si a ti o a mí nos ocurriera algo, el otro iría a hacérselo saber al rey a Tierra Santa.

—De acuerdo, Richard.

No transcurrió mucho tiempo sin que se confirmaran los temores que se habían confesado los dos nobles sajones. El príncipe Juan, apoyado por un grupo de incondicionales